

Pero con tal torpeza se trabó la pelea por parte de los franceses, que de pronto el austriaco, presentase á la lucha con un número muy superior de fuerzas y, como si esto no fuera bastante, el Emperador no oía el cañón del cuarto cuerpo y el tercero no se presentaba, retardándose por el mal estado de los caminos.

Aquellos momentos fueron angustiosos para Napoleón, que, por su falta de táctica, se hallaba seriamente comprometido; pero llegan al fin las tropas de Canrobert y una división del general Niel, los que al frente de sus tropas se arrojan sobre el enemigo.

Ya era tiempo, porque batiéndose los franceses con grandes pérdidas, perdían, y estos considerables refuerzos les hicieron dueños de las líneas del Naviglio Grande.

De pronto la artillería de Mac-Mahón truena de nuevo.

Corriendo gran riesgo de ser cortado, este general dióse gran cuidado en reanudar su núcleo de fuerzas, y una vez coordinada su marcha y desbaratados los proyectos de su enemigo, nuevamente tomó la ofensiva y rechazó á los austriacos que, atacados de frente y de flanco, emprendieron la retirada.

Sus tropas llegan á Magenta, convergiendo por todos lados. Ni la estación, trocada en fortaleza, ni las barricadas de las calles, contienen á los aliados. Sus enemigos, los austriacos, ceden palmo á palmo, pero hacia las siete de la tarde pronuncianse en vergonzosa huida perseguidos por la artillería de los generales Auger y Lebœuf.

El general Espinasse murió en las calles de la población, pero el triunfo se declaró en favor del ejército franco-italiano, no sin que éste perdiera dos generales y cuatro mil soldados entre muertos y heridos. Los austriacos tuvieron fuera de combate veinte mil hombres y siete mil prisioneros.

El día 8 de Junio entraban Napoleón y Víctor Manuel, en Milán, en medio de un entusiasmo que rayaba en delirio, que se aumentó por otra victoria alcanzada á poca distancia de la ciudad.

Mientras tanto el austriaco, después de perder la línea del Tesino, abandonaba la de Adda, y en pos de dejar Tesino y Plasencia evacuaba Cremona y Pizziguettone.

La marcha de un quinto ejército al través de Toscana, determinó á los austriacos á dejar Parma y Módena, cayendo, por consiguiente, los Gobiernos que sostenía Austria; la duquesa de Parma se retiró á Suiza y el duque de Módena á las filas de

los austriacos, los que á su vez salieron de Módena, aunque la neutralidad de los Estados Pontificios que se declaró, debía haberles tranquilizado.

El gobernador romano, que desconfiaba de poder contener las muchedumbres, salió también de Roma, siguiendo la Romania el impulso nacional.

Pero este movimiento, contrario á las miras del emperador francés, le disgustaba porque no pretendía que se cambiase en evolución revolucionaria, una guerra política.

Los austriacos renunciaban al parecer por entonces á la Lombardía, puesto que después de abandonar la excelente línea del Adda, abandonaron también la del Oglio, la del Sesia luego, y pasaron, por último, el Mincio.

El ejército aliado les siguió con rapidez, mientras que Garibaldi, que operaba en el Norte desde el principio de la campaña, cubría su marcha.

El día 24 de Junio, á las tres de la mañana, el ejército aliado se había puesto en marcha, avanzando los generales Baraguey de Hilliers y Mac-Mahón por el centro, hacia Solferino y Cavriana.

Víctor Manuel ocupaba la extrema izquierda marchando de Lonato á Pozzolengo al sud del lago de Garde, y á la derecha los generales Niel y Canrobert se desplegaban por la llanura del Médolo.

Encuétranse de pronto las columnas aliadas con las fuerzas austriacas, y los generales franco-italianos ven coronadas las alturas por densas masas de enemigos, que, reorganizados durante la noche, esperaban á los aliados en escogidas posiciones.

Desde el campanario de Castiglione se veía el vasto campo de combate que delineaba una larga cinta de humo.

Estaba formado por una serie de colinas que se extienden como los eslabones de una cadena y á la derecha una dilatada llanura cubierta por gran número de árboles, y por la parte despejada podía verse hasta la ciudad de Mantua.

Hacia la parte izquierda, sitio ocupado por los piemonteses, la vista sigue las sinuosidades de las montañas que las separan del Mincio; pero aquellas colinas van rebajándose poco á poco cerca de allí hacia el lago de Garde, cuyas azuladas aguas brillan á los rayos del sol matutino, y á lo lejos, en último término, se destaca la silueta de los Alpes.

En aquella jornada hubo cuatro acciones distintas, que fueron las siguientes: la de Víctor Manuel, en San Martino; la de Baraguey, contra Solferino; la de Mac-Mahón, contra Cavriana, y la de Niel, en el llano de Médolo, encontrándose el núcleo de la

batalla en el grupo de las alturas de Solferino y Cavriana, erizadas de infantería y artillería.

En vano desde las primeras horas de la mañana el general Baraguey lanzaba sus soldados á las alturas de Solferino, protegidas por varios cerros fortificados y defendidas por un vetusto castillo.

Elevábase allí una torre denominada del *Espia* de Italia, porque desde ella se veía la mayor parte de la alta Italia.

La defensa era tan viva como encarnizada, tanto que las tropas francesas empezaban á desmayar, pero llegaron algunos refuerzos con los que pudieron posesionarse de varias alturas, al mismo tiempo que la artillería de la guardia imperial se pudo posesionar de una posición cercana al enemigo, desde la cual los ametralló.

Al mismo tiempo, las divisiones de Bazaine por la izquierda y la de Forey por la derecha, iban ganando terreno, y el segundo, dando la vuelta al pueblo, les derribó á cañonazos el fuerte más importante, que lo tenían en el camposanto.

Las divisiones de la guardia, empujan denodadamente á sus enemigos, sueltan los cazadores sus mochilas y lanzándose con el general Maneque á las alturas más disputadas, aparecen luego al pie del castillo, saludados por los aplausos del ejército aliado.

A este mismo tiempo perdían los austriacos el cementerio, y abandonando éste, el pueblo y el castillo, dejaron en manos del enemigo dos banderas, ocho cañones y gran número de prisioneros.

A la una y media, por fin, fué tomado Solferino, y sin perder tiempo, los vencedores marcharon contra Cavriana, punto en que se encontraba el cuartel imperial austriaco y cuya toma había de consumir la ruptura del centro enemigo.

El general Mac-Mahón, cuyos esfuerzos habían consistido en mantenerse en su posición, iba por fin á tomar una parte decisiva en la contienda, puesto que su ejército, por medio de un rápido movimiento, abandona el llano y se dirige á las alturas.

Las divisiones de caballería se extienden más y más, porque esta nueva evolución va á dar mayor distancia al espacio vacío, y porque por sí solas no podrían llenar el hueco por el que los austriacos pretendían pasar con el fin de copar al ejército aliado.

En estas circunstancias, llega la caballería imperial, que había corrido más de tres leguas, y poniendo en fila sus escuadrones, se dispuso á cerrar la línea de los suyos, mientras que las tropas

de Mac-Mahón y Baraguey toman el pueblecito de San Casiano y se lanzan por las pronunciadas pendientes del monte Fontana protegido por Cavriana.

Considerables fuerzas habían aglomerado en aquel punto los austriacos, las que se propusieron defender la posición con toda energía, comprendiendo que perdidas aquellas alturas no les era posible sostenerse en Cavriana, en cuyo pueblo se encontraba el emperador Francisco José, con sus reservas reunidas.

Con el ardimiento que les era peculiar arrojábase los argelinos sobre un reducto que toman por asalto; pero anonadados por fuerzas superiores, abandonan por un momento su posición para tomarla luego de nuevo, apoyados por los refuerzos que acababan de recibir.

Llegó en aquellos momentos la guardia con su artillería, súbense los cañones á las cumbres del monte Fontana por orden del general Sevelinges, instalándose las baterías con una rapidez pasmosa.

Los austriacos no pudieron menos de reconocer en su daño las ventajas de la artillería rayada que diezaba sus fuerzas.

Los franceses volvieron á asaltar el Fontana y después de una tan heroica como pertinaz defensa, cedieron los austriacos el terreno, retirándose detrás de Cavriana, que el fuego de la artillería imperial hace insostenible.

Por fin, á las cuatro de la tarde, los aliados se apoderaban de este pueblo, del que, lleno de amargura, huía el joven emperador austriaco entre sus desbandadas tropas, cuya operación dejó cortado el centro del Austria.

En cuanto á las alas del ejército aliado, Víctor Manuel recobra y pierde siete veces el pueblecito de San Martino, pero secundado por el triunfo de los franceses en el centro, obtiene por fin la victoria.

Por su parte el general Niel, en la llanura de Médolo hace frente, desde la mañana, mayormente en la Granja de Casa Nuova, á fuerzas superiores, y si se sostuvo fué debido á su poderosa artillería.

El general Canrobert, como que no aparecía ningún austriaco por la carretera de Mantua, envía por fin socorros al general Niel, que realmente le eran muy necesarios.

El emperador austriaco, que vió roto su centro, antes de mandar tocar retirada, quiso tentar un enérgico esfuerzo sobre la derecha francesa, porque comprendía que una victoria por aquel lado no solamente lo resarcía todo, sino que comprometía al ejército aliado.

Iban ya los aliados á recoger el abundante fruto de una victoriosa jornada de diez horas, habiendo vencido á sus enemigos, con una vigorosa persecución, cuando estalló una furiosa tormenta que desde muchas horas se venía acumulando, de la que se aprovecharon los austriacos para pasar el río Mincio.

Napoleón pasó la noche en el cuarto que por la mañana había ocupado Francisco José.

En la batalla de Solferino perdió el ejército aliado doce mil hombres y veintidós mil los austriacos, habiendo tomado parte en aquella guerra sangrienta ciento veinte mil aliados contra ciento cuarenta mil austriacos, entrando por mucho en la victoria, la superioridad de la artillería francesa.

Todavía se comentaban los pormenores de la batalla de Solferino, cuando se anunció de improviso la celebración de la paz.

Obligado á atacar de frente el famoso cuadrilátero, intranquilo por el movimiento revolucionario que agitaba á Italia, receloso de Prusia que movilizaba las reservas, Napoleón se detuvo, proponiendo al emperador de Austria una entrevista.

El día 11 de Julio de 1859 firmaron ambos soberanos, en una casa de Villafranca, los preliminares de la paz, con sorpresa de toda Europa.

Aquello fué para Inglaterra un amargo desengaño, porque intentaba interponer su mediación, y para Prusia, que pretendía intervenir.

Cedía el Austria la Lombardía, con la cual se engrandecía el Piamonte, y rechazada al otro lado del Mincio perdía su influencia política en todo el resto de la península italiana.

De allí en adelante se le hacía más difícil sostenerse en Venecia, y finalmente la guerra de 1866 contra Prusia é Italia, acabó por hacerle perder el resto de dominio que en aquella península tenía.

Sin embargo, quien más perdió en la batalla de Solferino fué la Francia, puesto que Italia, una vez engrandecida, quizo ser tratada con mayor consideración de lo que lo fuera por el Gabinete de Napoleón III y como, por otra parte, Francia se oponía á la unidad de Italia ó sea á conceder al rey del Piamonte la aprobación de tener por capital la del orbe cristiano, resultó que Víctor Manuel se alió con la Prusia que, siendo rival de Austria, no se hizo de rogar para celebrarla.

De aquí que ambas atacaran á Francisco José, que si bien venció por completo á los italianos, se vió á su vez vencido de una manera decisiva en Sadowa.

Semejante victoria por parte de la Prusia púsola en el rango de las potencias de primer orden.

Las naciones todas de Europa presintieron que la batalla de Sadowa era la etapa de una era de importancia y de engrandecimiento para la Prusia, que estaba destinada á tener mayor parte en el concierto europeo.

Aquello dió lugar á que despertase entre ella y Francia la mal dormida rivalidad, cuyos resultados ya tendremos ocasión de ver.

Los tratados de Zurich, firmados primeramente entre Francia y Austria y luego entre estas dos y la Cerdeña, no arreglaron en definitiva sino la cuestión de Lombardía, el linde de las fronteras y lo concerniente á la Hacienda.

Respecto á las demás estipulaciones, reproducía simplemente los preliminares de Villafranca relativos á la conferencia italiana y á la restauración de los soberanos de Toscana, Parma y Módena.

Los plenipotenciarios carecían de instrucciones para determinar la organización de Italia, á cuya unificación se oponía la Francia.

Pero según dejamos ya manifestado, esa unificación cumpliése á consecuencia de los hechos, así como quizás debía haberlo sido por obra de un Congreso de plenipotenciarios.

El Gabinete francés se arrepintió de haber contribuido con las armas al desarrollo del principio revolucionario en Italia, cuya principal idea era la unidad de la península.

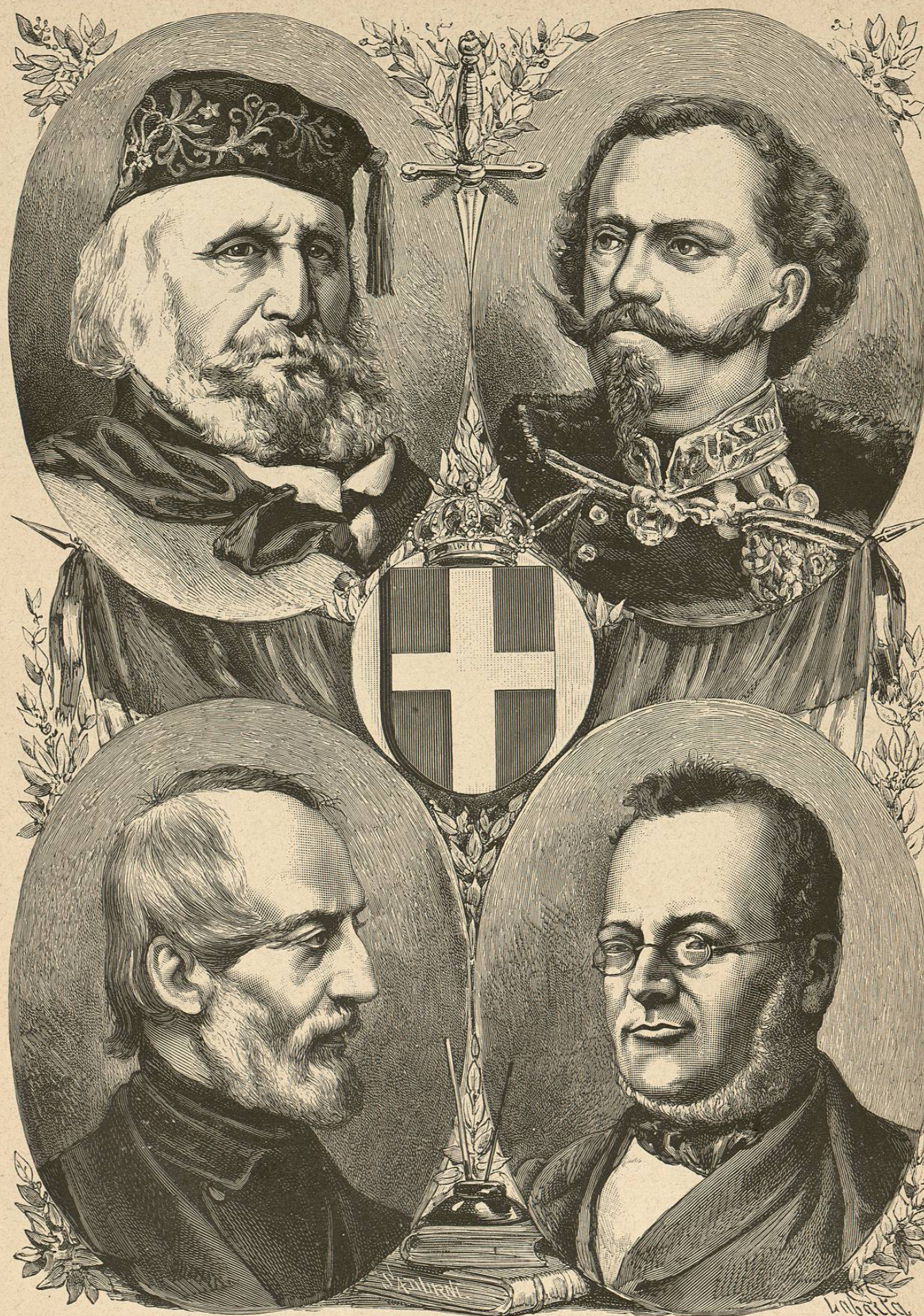
Pero no quería emplear la fuerza para restaurar á príncipes que acababa de combatir, ni mucho menos consentir que el Austria entronizara otra vez á tales príncipes considerados como dependientes de ella.

Semejantes vacilaciones aumentaron el descontento de los amantes de la unidad italiana, pero las provincias centrales de aquella península, prescindiendo de la actitud de Napoleón, eligieron asambleas y pusieron al frente de sus Gobiernos provisionales, hombres del Piamonte.

A fines del mes de Agosto del año 1860, las asambleas de Parma, Módena y Florencia proclamaron la destitución de los antiguos soberanos y la anexión de los ducados al Piamonte, y la Rumania emitió una votación semejante el 16 de Septiembre.

Por diferentes medios trató Napoleón de evitar aquella unidad cuyo desarrollo era progresivo, hasta que llegó á proponer á Pio IX que cediera las provincias rebeladas contra él.

Pero el Papa se negó, y viendo el Emperador con inquietud formarse en la frontera de sus estados un reino poderoso, reclamó la Niza y la Sabo-



LOS FUNDADORES DE LA UNIDAD DE ITALIA

GARIBALDI
MAZZINI

VÍCTOR MANUEL
CAVOUR